

## SULPICIO SEVERO: VIDA DE SAN MARTIN

*La Vida de San Martín*, escrita por Sulpicio Severo hacia el año 397, es una de las primeras obras del monacato occidental latino. San Martín de Tours es presentado por Sulpicio como el Antonio de Occidente: un verdadero modelo de monje latino. A pesar de ello el lector pronto advertirá que se está lejos de una imitación servil de la *Vita Antonii* compuesta por Atanasio de Alejandría. Todo lo contrario, entre ambos santos y sus respectivas vidas existen diferencias notables, que ya señalan una diversa orientación entre la vida monástica oriental y el naciente monacato latino de Occidente.

La traducción castellana de la *Vida de San Martín* que ahora presentamos fue realizada por el P. Pablo Saenz, osb. Incluye también las tres epístolas escritas por Sulpicio y destinadas a completar la biografía del santo obispo de Tours, las cuales deben situarse cronológicamente entre los años 397-398. Para la versión castellana se adoptó el texto latino editado por J. Fontaine en la colección *Sources Chrétiennes*, n. 133, Paris, 1967.

Siempre hemos acompañado los textos patrísticos con adecuadas introducciones, que posibilitan una mejor lectura de un texto antiguo. También para la VM el P. Enrique Contreras, osb, ha preparado un estudio introductorio, que por razones editoriales y conscientes de la deficiencia que la omisión implica, no incluimos en el presente número de CCMM.

Esperamos ofrecer a la brevedad, en un volumen aparte, este documento fundamental del monacato. Junto a su texto se publicarán la introducción, el mapa, cronologías y una bibliografía actualizada, que ayudarán a comprender y gustar las páginas de Sulpicio Severo.

A hand-drawn map of Gaul and surrounding regions, showing major cities, rivers, and geographical features. The map includes labels for the Rhine, Seine, and Loire rivers, as well as regions like Cisalpine Gaul, Alpes, and Italia. Key cities such as Paris, Lyon, Vienne, and Rome are marked. The map also shows the Mediterranean Sea and the island of Corsica.



## I. PROGRAMA LITERARIO DE LA OBRA

### 1. *Carta de dedicación*

Severo, a su carísimo hermano Desiderio.

1. Hermano de mi alma: Yo había decidido resueltamente guardarme los papeles del opúsculo que escribí sobre la vida de san Martín, y no dejarlos salir fuera de los muros de mi casa. Por naturaleza soy muy tímido, y quería evitar el juicio de la gente para que no me sucediera lo que temo que va a suceder: que mi lenguaje inculto desagrade a los lectores y me juzguen digno de reprensión por haberme puesto imprudentemente a escribir sobre una materia reservada con todo derecho a escritores de talento. Pero no pude negarme a lo que me pedías insistentemente. ¿Qué es lo que no haría por amor tuyo, aun a costa de mi modestia? 2. Por eso te entrego este trabajo confiando en que serás fiel a tu promesa de no pasarlo a nadie. Aunque temo que tú llegues a ser su puerta de salida, y una vez que salga, ya no se pueda traerlo de nuevo.

3. Si esto llegara a suceder, y ves que otros lo leen, pide a los lectores que sean indulgentes, que aprecien más el contenido que la expresión, y ya que el Reino de Dios no está en la elocuencia sino en la fe, sufran con paciencia un defectuoso lenguaje que quizás hiera sus oídos. 4. Recuerden también que no fueron oradores los que predicaron la salvación del mundo, lo que Dios bien podía haber dispuesto, sino pescadores.

5. Cuando me propuse en mi interior escribir la vida de san Martín pensando que era un crimen que no se conocieran las virtudes de semejante hombre, decidí no avergonzarme de los solecismos, pues nunca llegué a poseer gran ciencia literaria. Si en otro tiempo quizás algo estudié de esto, ya lo he olvidado por una prolongada falta de práctica. 6. Pero para evitar esta penosa defensa, publica si te parece esta obrita, sin poner el nombre del autor. Para esto bórralo del título del encabezamiento, dejando la página en blanco. Es suficiente que ésta diga el tema de la obra, y no el nombre del autor. Adiós, hermano venerable en Cristo, honor de todas las personas de bien y de todos los santos.

## 2. Prefacio

1,1. Muchos mortales, entregados vanamente al estudio y a la gloria del siglo, trataron de inmortalizar su propio nombre; ilustrando con su pluma vidas de hombres célebres. 1,2. Si esto no les procuraba, ciertamente, un recuerdo imperecedero, al menos conseguían algo de lo que esperaban, porque no sólo prolongaban su memoria (aunque vanamente), sino que también despertaban entre los lectores alguna emulación de los ejemplos de grandes hombres que proponían. Sin embargo, su preocupación no tenía ninguna relación con la vida eterna y bienaventurada.

1,3. En efecto, ¿de qué les sirvió la gloria que les procuraban sus escritos, y que debía perecer con el mundo? ¿O qué ganó la posteridad, al leer los combates de Héctor, o la filosofía de Sócrates, puesto que no sólo es tontería imitarlos, sino una locura no combatirlos enérgicamente? Estos, que estimaban la vida humana sólo por las acciones presentes, entregaron su esperanza a las fábulas, y sus almas al sepulcro. 1,4. Creían que uno se perpetúa solamente en la memoria de los hombres, pero en realidad el deber del hombre consiste más en conseguir la vida perenne que un recuerdo perenne, y esto no escribiendo, peleando o filosofando, sino viviendo piadosa y religiosamente. 1,5. Este error humano, transmitido por escritos, tuvo tal pujanza que consiguió hacer muchos émulos de una vana filosofía o de una estúpida fortaleza.

1,6. Me parece pues que haré una obra importante si escribo detalladamente la vida de un varón santísimo, para que esto sirva de ejemplo a otros y mueva a los lectores a la verdadera sabiduría, a la milicia celestial y a la virtud divina. Lo que nos importa no es el vano recuerdo de los hombres, sino el premio eterno de Dios. Por eso, si acaso no vivimos de un modo tal que sirva de ejemplo a los demás, por lo menos empeñamos nuestro esfuerzo para que no quede oculto quien debería ser imitado.

1,7. Voy a comenzar pues a escribir la vida de san Martín, contando lo que hizo antes de y durante su episcopado, aunque no pueda narrar todo. Aquello de lo cual él solo fue testigo no podrá nunca conocerse porque, como no buscaba la alabanza de los hombres, ocultó cuanto pudo todas sus virtudes. 1,8. Omitimos también muchos hechos que conocemos, por parecernos suficiente narrar sólo los más importantes, para no cansar al lector multiplicándolos excesivamente. 1,9. Ruego por tanto a los que me van a leer, que den



fe a las cosas que narro, y que crean que sólo he escrito lo que me era bien conocido y probado, pues hubiera preferido no escribir nada antes que afirmar una falsedad.

## II. LA MILICIA DE MARTÍN

(De la infancia a la conversión)

### 1. *De niño a soldado de guardia*

2,1. Martín nació en Sabaria, ciudad de Panonia, pero pasó su infancia en Italia, en Payía. Sus padres pertenecían a un rango social no muy bajo, pero eran paganos. 2,2. Su padre fue primero soldado, y luego tribuno militar, y él siguió también en su adolescencia la carrera militar. Sirvió primero en la caballería de la guardia del emperador Constancio, y luego en la del César Juliano. Esto no lo hizo por propio gusto, puesto que ya casi desde los primeros años la santa infancia de este noble niño se inclinaba al servicio divino.

2,3. Cuando tenía diez años, contra la voluntad de sus padres se escapó a la iglesia y pidió ser admitido como catecúmeno. 2,4. Pronto, y de un modo extraordinario, se entregó totalmente a la obra de Dios. A los doce años ya quería vivir en el desierto, y lo hubiera hecho si su poca edad no se lo hubiera impedido. Su pensamiento sin embargo estaba siempre vuelto hacia los monasterios o hacia la iglesia, y meditaba, siendo todavía niño, lo que luego realizaría devotamente.

2,5. Por aquel entonces los príncipes habían dado un edicto ordenando que los hijos de los soldados veteranos fueran enrolados en la milicia. Entonces su padre, que no veía con buenos ojos su santa conducta, lo entregó, cuando tenía quince años, para ser recluido, aherrado, atado con los juramentos militares. Sólo tenía un servidor que lo acompañaba, y al cual él, a pesar de ser su señor, invirtiendo los papeles le prestaba servicio. A menudo le quitaba su calzado y lo limpiaba; comía con él, y frecuentemente lo servía.

2,6. Durante los casi tres años que estuvo bajo las armas antes de su bautismo, no cayó en aquellos vicios en los que generalmente cae esta clase de gente. 2,7. Tenía una gran bondad con sus compañeros de armas, junto con una admirable caridad, y una paciencia y

humildad sobrehumanas. En cuanto a su frugalidad, no es necesario decir nada en su alabanza, puesto que ya en ese tiempo más parecía ser un monje que un soldado. Esto le valió que sus compañeros de armas se sintieran muy unidos a él y lo veneraran con gran afecto. 2,8. Aun antes de ser regenerado por el bautismo, ya emprendía las buenas obras que hace uno que se prepara al bautismo, a saber: asistir a los enfermos, ayudar a los desgraciados, alimentar a los pobres y vestir a los desnudos. No guardaba para sí del sueldo militar sino lo necesario para el alimento diario, y no haciéndose sordo al evangelio, no pensaba en el día de mañana.

## 2. La caridad de san Martín

3,1. Cierta día, no llevando consigo nada más que sus armas y una sencilla capa militar (era entonces un invierno más riguroso que de costumbre, hasta el punto de que muchos morían de frío), encontró Martín, en la puerta de la ciudad de Amiens, a un pobre desnudo. Como la gente que pasaba a su lado no atendía a los ruegos que les hacía para que se apiadaran de él, el varón, lleno de Dios, comprendió que si los demás no tenían piedad, era porque el pobre le estaba reservado a él. 3,2. ¿Qué hacer? No tenía más que la capa militar. Lo demás ya lo había dado en ocasiones semejantes. Tomó pues la espada que ceñía, partió la capa por la mitad, dio una parte al pobre y se puso de nuevo el resto. Entre los que asistían al hecho, algunos se pusieron a reír al ver el aspecto ridículo que tenía con su capa partida, pero muchos en cambio, con mejor juicio, se dolieron profundamente de no haber hecho otro tanto; pues teniendo más hubieran podido vestir al pobre sin sufrir ellos la desnudez.

3,3. A la noche, cuando Martín se entregó al sueño, vio a Cristo vestido con el trozo de capa con que había cubierto al pobre. Se le dijo que mirara atentamente al Señor y la capa que le había dado. Luego oyó al Señor que decía con voz clara a una multitud de ángeles que lo rodeaban: "Martín, siendo todavía catecúmeno, me ha cubierto con este vestido". 3,4. En verdad el Señor, recordando las palabras que él mismo dijera: *Lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis*, proclamó haber recibido el vestido en la persona del pobre. Y para confirmar tan buena obra se dignó mostrarse llevando el vestido que recibiera el pobre.

3,5. Martín no se envaneció con gloria humana por esta visión, sino que reconoció la bondad de Dios en sus obras. Tenía entonces

dieciocho años, y se apresuró a recibir el bautismo. Sin embargo no renunció inmediatamente a la carrera de las armas, vencido por los ruegos de su tribuno, con quien lo ligaban lazos de amistad. Pues este prometía renunciar al mundo una vez concluido el tiempo de su tribunato. Martín, en suspenso ante esta expectativa, durante casi dos años después de su bautismo continuó en el ejército, aunque sólo de nombre.

### 3. *Martín obtiene su retiro de Juliano*

4,1. Por aquel tiempo los bárbaros invadían las Galias. El César Juliano reunió al ejército en la ciudad de los Vangios, y comenzó allí a distribuir una gratificación a los soldados. Como era costumbre, los llamaba uno por uno. Cuando le tocó el turno a Martín 4,2. creyó éste que había llegado el momento oportuno de pedir su baja, pues pensaba que no era honesto recibir la gratificación ya que tenía la intención de no seguir en el ejército. Dijo entonces al César: 4,3. “Hasta este momento he estado a tu servicio; permíteme ahora que sirva a Dios. Que reciba tu gratificación aquel que va a pelear, pero yo soy soldado de Cristo, y no me es lícito combatir”. 4,4. El tirano se indignó al oír estas palabras, y le respondió que si no quería luchar no era a causa de su religión sino porque tenía miedo del combate que se iba a entablar al día siguiente. 4,5. Martín, intrépidamente, y con mayor firmeza aún porque lo querían atemorizar, contestó: “Si crees que obro así por cobardía y no a causa de mi fe, mañana me presentaré desarmado delante del ejército, y en el nombre del Señor, protegido, no por escudo o casco sino por el signo de la cruz, penetraré incólume en las líneas enemigas”. 4,6. Entonces se ordenó que lo pusieran bajo guardia para asegurarse de que iba a cumplir lo que había prometido, y que se presentaría desarmado ante los bárbaros. 4,7. Al día siguiente, los enemigos enviaron parlamentarios para negociar la paz, y se entregaron ellos con todo su bagaje. ¿Cómo dudar que esta fue una victoria del bienaventurado varón, a quien se le concedió el no tener que presentarse desarmado a la batalla? 4,8. Y si es cierto que el piadoso Señor hubiera podido salvar a su soldado aún entre las espadas y flechas del enemigo, sin embargo, para que ni siquiera la mirada del santo fuera ultrajada al ver la muerte de otros, lo eximió de asistir al combate. 4,9. Cristo, en efecto, le concedió la victoria de la sumisión incruenta del enemigo, sin que nadie muriera.

### III. DISCIPULO DE HILARIO

(De la conversión al obispado)

#### 1. *De Poitiers a Milán*

5,1. Cuando dejó el ejército fue a encontrarse con san Hilario, obispo de Poitiers, cuya creencia, en lo que respecta a las cosas de Dios, era respetada y conocida en ese tiempo, y se quedó con él. 5,2. Hilario intentó, confiriéndole el diaconado, vincularlo más estrechamente a sí, y a la vez ligarlo al servicio divino, pero Martín rehusó repetidas veces clamando que era indigno. Entonces el obispo, hombre de espíritu profundo, se percató de que sólo sería posible retenerlo si le confiaba un oficio que pudiera tener algo de humillante. Le propuso entonces ser exorcista. Martín no rechazó esta ordenación para que no se pensara que la rehusaba por ser demasiado humilde. 5,3. Poco después le fue comunicado en sueños que debía visitar con religiosa solicitud a su patria y a sus padres, que eran todavía paganos. Partió pues con el consentimiento de san Hilario, quien le rogó encarecidamente con muchas lágrimas que regresara. Cuentan que emprendió este viaje lleno de tristeza, anunciándoles a los hermanos que debía padecer mucho, lo que en efecto se comprobó con los hechos.

5,4. Para comenzar, se perdió en los Alpes, y cayó en manos de ladrones. Cuando uno de ellos levantaba el hacha para asestar un golpe a su cabeza, otro detuvo la diestra del que iba a herirlo. Le ataron las manos a la espalda y encomendaron a uno de ellos que se hiciera cargo de él y lo despojara. Este lo llevó aparte y le preguntó quién era. Respondió Martín que era cristiano. 5,5. El ladrón le preguntó si tenía miedo, a lo que respondió Martín con gran firmeza que nunca se había sentido tan seguro porque la misericordia de Dios lo asistía especialmente en las pruebas, pero en cambio le apenaba mucho que su interlocutor fuera indigno de la misericordia de Cristo, puesto que vivía como ladrón. 5,6. Comenzó pues a exponer la doctrina evangélica y a predicar la palabra de Dios al ladrón. ¿Para qué detenerme más? El ladrón creyó, y acompañando a Martín lo puso en camino, pidiéndole que orara por él al Señor. En lo sucesivo también al ladrón se lo vio llevar una vida piadosa, hasta tal punto que según se cuenta, la anécdota que acabamos de referir se la oyeron a él mismo.

## 2. *Martín en Italia y en el Ilírico*

6,1. Martín prosiguió su camino. Ya había pasado Milán cuando el diablo, tomando apariencia humana, se le presentó y le preguntó a dónde iba. Martín le respondió que iba a donde Dios lo llamaba, a lo que el otro repuso: 6,2. "A donde vayas, y en cualquier cosa que intentes, el diablo se te opondrá". Entonces Martín le contestó con las palabras del Profeta: *El Señor es mi auxilio, no temo lo que pueda hacerme el hombre*. Y al momento el enemigo desapareció de su vista.

6,3. Tal como lo había concebido en su interior, Martín consiguió liberar a su madre del error del paganismo, pero su padre perseveró en el mal. En cambio, salvó a muchos con su ejemplo.

6,4. La herejía arriana pululaba por todo el mundo, y especialmente en el Ilírico. Allí Martín fue casi el único en oponerse enérgicamente a la fe corrupta de los sacerdotes, lo que le valió sufrir muchos malos tratos, pues fue azotado públicamente con varas y finalmente expulsado de la ciudad. Volvió a Italia. Allí se enteró de que en las Galias los herejes también habían obligado a san Hilario a partir al exilio, lo que había conmovido a la Iglesia. Entonces se instaló en Milán, en una ermita. Allí también Auxencio, el principal fautor de los arrianos, lo persiguió encarnizadamente y lo expulsó de la ciudad cubriéndolo de injurias.

6,5. Pensando que debía ceder a las circunstancias, se retiró a una isla llamada Gallinaria en compañía de un presbítero, hombre de gran virtud. Allí vivió un tiempo alimentándose con las raíces de las plantas. Fue por entonces cuando comió eléboro, planta que según dicen es venenosa. 6,6. Al sentir el efecto del veneno, y que se aproximaba la muerte, alejó el inminente peligro con la oración, y al instante desapareció todo dolor. 6,7. No mucho después supo que el rey, arrepentido; había dado autorización a san Hilario para volver. Trató entonces de encontrarse con él en Roma, y partió para esa ciudad.

## 3. *Martín en Poitou*

7,1. Como Hilario ya se había ido, siguió sus pasos hasta Poitiers, donde fue acogido por aquél con gran regocijo. Allí, no lejos de la ciudad, instaló su ermita. Por aquel tiempo fue a vivir con él un ca-

tecúmeno que deseaba ser instruido en el modo de vida del santo varón. Pero sucedió que a los pocos días cayó enfermo con mucha fiebre, 7,2. justamente cuando Martín estaba ausente. Cuando a los tres días volvió, halló su cuerpo exánime, y tan repentina había sido la muerte que había fallecido sin el bautismo. Los hermanos, rodeando el cuerpo, le prodigaban los últimos cuidados, en el momento en que, llorando y gimiendo, llegó Martín. 7,3. Entonces, llena el alma del Espíritu Santo, mandó salir a todos de la celda donde yacía el cuerpo, echó cerrojo a las puertas, y se extendió sobre los miembros inanimados del hermano difunto. Después de entregarse un tiempo a la oración, el Espíritu le hizo sentir la presencia de la virtud del Señor. Se levantó entonces un momento, y mirando el rostro del difunto esperaba confiadamente ver el efecto de su oración y de la misericordia de Dios. Después de casi dos horas, vio que el difunto movía poco a poco todos sus miembros, y que parpadeando abría los ojos para ver. 7,4. Entonces dirigiéndose al Señor en alta voz llenó la celda con un gran clamor de acción de gracias. Al oír esto, los que estaban a la puerta entraron inmediatamente y vieron vivo, ¡oh maravilloso espectáculo!, al que habían dejado muerto.

7,5. Así pudo recibir el bautismo aquel que había vuelto a la vida. Después de esto vivió muchos años más, y él fue el primero que nos proporcionó argumento y testimonio de las virtudes de Martín. 7,6. Acostumbraba contar que cuando dejó el cuerpo fue conducido al tribunal del Juez, donde recibió una penosa sentencia que lo relegaba a vivir en regiones sombrías con gente villana. En ese momento, dos ángeles le hicieron observar al Juez que ese hombre era aquel por quien Martín oraba. Entonces se mandó a los mismos ángeles que lo condujeran y que lo devolvieran a Martín con la vida que tenía antes. 7,7. A partir de este hecho comenzó a refulgir el nombre de este santo varón de modo tal que, si antes lo tenían por santo, ahora lo consideraban como un poderoso y verdadero apóstol.

8,1. No mucho después, al pasar por el campo de un tal Lupicino, un notable de este mundo, fue recibido por el clamor y el llanto de un gentío que se lamentaba. 8,2. Aproximándose presuroso preguntó qué era aquel llanto, y le dijeron que un pequeño esclavo de la casa se había quitado la vida ahorcándose con una soga. Al saberlo, fue a la habitación donde yacía el cuerpo, y haciendo salir a toda la gente, se extendió sobre él y oró unos momentos. 8,3. Enseguida el difunto se incorporó mirándolo con el semblante reanimado, pero con ojos desfallecientes. Con un penoso esfuerzo trató de levantarse y se



puso de pie apoyándose en la diestra del santo varón, y así avanzó con él hasta el vestíbulo de la casa, ante la mirada atenta de la gente.

#### IV. OBISPO DE TOURS

(Un pastor monje y taumaturgo)

##### 1. *Una elección agitada*

9,1. Aproximadamente por ese tiempo ya se lo postulaba para el obispado de la Iglesia de Tours, pero no era nada fácil arrancarlo de su monasterio. Entonces un tal Rústico, ciudadano de Tours, fingió que su mujer estaba enferma, y rogándole postrado que fuera a verla, consiguió hacerlo salir. 9,2. La gente de la ciudad, que ya se había apostado en el camino, lo condujo custodiado a la ciudad. Fue extraordinario: una multitud increíble de personas, no sólo de la ciudad sino también de los pueblos vecinos, había venido a votar. 9,3. Todos querían lo mismo, y unánime fue su parecer y su deseo: que Martín era el más digno del episcopado, que sería feliz la Iglesia que tuviera un obispo semejante.

Un pequeño grupo de obispos de los que habían sido llamados para instalar al prelado, se oponían impíamente alegando que Martín era una persona ordinaria, que era indigno del episcopado un hombre con un exterior despreciable, con los vestidos sucios y los cabellos desgreñados. 9,4. Pero el pueblo, juzgando más sanamente, pensó que era ridícula la demencia de aquellos que al querer vituperar al ilustre varón lo ensalzaban. En consecuencia no pudieron hacer otra cosa sino lo que el pueblo quería inspirado por la voluntad del Señor.

Entre los obispos presentes, el principal opositor se llamaba Defensor. Fue notable que éste recibiera una seria admonición en la lectura misma de un versículo del Profeta. 9,5. Pues sucedió accidentalmente que el lector que debía ejercer su oficio ese día no pudo acercarse a causa de la multitud. Los ministros estaban molestos esperando al que no llegaba. Entonces uno de los presentes tomó el salterio y arremetió con el primer versículo que encontró. 9,6. Era el salmo que dice: *Por la boca de los niños y de los lactantes te hiciste una alabanza frente a tus enemigos, para destruir al enemigo y al defensor.* Al oír esto, el pueblo alzó la voz, y la parte adversaria quedó

confundida. 9,7. La gente pensó que si se había leído este salmo, había sido por designio divino, para que Defensor oyera un testimonio sobre sus obras. De la boca de los niños y de los lactantes el Señor había sacado una alabanza para la persona de Martín, y al mismo tiempo había descubierto y destruido al enemigo.

## 2. *Martín fundador y abad de Marmoutier*

10,1. No sabríamos decir cuán ejemplar fue la conducta de Martín después de su elevación al episcopado, ni cuánta grandeza reveló. En efecto, siguió siendo fidelísimamente el mismo de siempre. 10,2. Tenía la misma humildad de corazón, la misma pobreza en su modo de vestir. Desempeñaba su dignidad episcopal lleno de autoridad y de gracia, mas sin olvidar su profesión y sus virtudes monásticas.

10,3. Durante un tiempo vivió en una celda junto a la iglesia, pero luego, como no podía soportar la inquietud que le causaban los visitantes, se instaló en una ermita distante casi dos millas de la ciudad. 10,4. Este lugar era tan oculto y retirado que ya no añoraba la soledad del desierto. La roca escarpada de un alto monte lo protegía por un lado, y un pequeño meandro del río Loira rodeaba el resto del terreno dejando sólo una angosta entrada. Martín mismo se había construido allí una celda de troncos. 10,5. como muchos de sus hermanos. La mayor parte, en cambio, se habían excavado un refugio en la roca del monte que dominaba sobre ellos.

Había cerca de ochenta discípulos que se formaban siguiendo el ejemplo del santo maestro. 10,6. Nadie tenía nada propio sino que todo era puesto en común, y a nadie le era lícito comprar o vender, como algunos monjes hacen habitualmente. Allí no se ejercía arte alguna, salvo la de los copistas, que estaba a cargo de los monjes más jóvenes, pues los mayores se dedicaban a la oración. 10,7. Raramente salían de su celda, excepto para reunirse en el lugar de oración. Todos tomaban juntos su alimento después de la hora en que termina el ayuno. 10,8. Nadie tomaba vino sino aquel a quien la enfermedad lo obligaba. Muchos vestían con piel de camello; llevar un vestido más refinado era considerado falta grave. Lo más admirable era que había entre ellos muchos nobles, los cuales, aunque habían recibido una educación muy diferente, se habían plegado a esta vida de humildad y de paciencia. Hemos visto a muchos de ellos



qué luego fueron hechos obispos. 10,9. ¿Qué ciudad, en efecto, no deseaba tener un pontífice salido del monasterio de Martín?

### 3. *Un falso mártir desenmascarado*

11,1. Para ilustrar las otras virtudes que practicó durante su episcopado, narraré lo que sigue. No lejos de un pueblo cercano al monasterio había un lugar que la gente veneraba como sagrado, por suponer erróneamente que allí había mártires enterrados. 11,2. Se hallaba allí, efectivamente, un altar que se creía erigido por obispos de otro tiempo. Martín no aceptó esto a la ligera, e inquirió a los presbíteros y clérigos de más edad el nombre del mártir y la fecha de su pasión. Mucho se preocupó al saber que los mayores no recordaban nada seguro al respecto. 11,3. Por un tiempo se limitó a no concurrir a ese lugar, pero no prohibió su culto. Estaba indeciso y no quería convalidar con su autoridad la creencia popular, para que no creciera la superstición. Pero un día fue al lugar acompañado de unos pocos hermanos. 11,4. Allí, de pie sobre el mismo sepulcro, rogó al Señor que le mostrara quién era el que estaba allí sepultado. Al volverse luego hacia la izquierda, vio junto a sí una sombra repugnante y terrible. Mandó entonces a ésta que le dijera su nombre y su pecado, y ella dijo su nombre y confesó su crimen. Había sido un ladrón ejecutado por sus fechorías, al que la gente veneraba por error. Nada tenía en común con los mártires, pues ellos gozaban de la gloria, y él pagaba su pena. 11,5. Cosa extraordinaria: los presentes oían la voz del que hablaba, pero no veían a nadie. Entonces Martín les contó lo que veía. Mandó luego retirar el altar de aquel lugar, y así libró al pueblo del error de esta superstición.

## V. CONVERSION DE LOS PAGANOS

(Duelo taumatúrgico con el paganismo de las campiñas galo-romanas)

### 1. *Entierro pagano detenido*

12,1. Tiempo después sucedió que yendo por un camino se encontró con un funeral supersticioso que conducía el cuerpo de un pagano a su sepultura. Viendo de lejos el gentío que venía, y no sabien-

do qué era, se detuvo un poco, pues estaba a unos quinientos pasos y le era difícil darse cuenta de qué era lo que se acercaba. 12,2. Pero cuando distinguió a un grupo de campesinos, y vio los paños que estaban sobre el cadáver y que el viento hacía tremolar, creyó que se trataba de un rito de sacrificios paganos, porque los campesinos galos tenían la triste costumbre de llevar en procesión por los campos los ídolos de los demonios cubiertos de paños blancos. 12,3. Hizo entonces sobre ellos la señal de la cruz, y ordenó al gentío no moverse del sitio donde estaban y dejar lo que llevaban. Y, cosa extraordinaria, se vio que los desgraciados primero se quedaban rígidos como roca, 12,4. y luego, intentando con gran esfuerzo avanzar sin conseguirlo, giraban ridículamente sobre sí mismos, hasta que vencidos dejaban caer el cuerpo. Atónitos, mirándose entre sí, discurrían en silencio sobre lo que les sucedía. 12,5. Pero cuando el santo varón se dio cuenta de que esa agrupación no era una procesión idolátrica sino un entierro, levantó de nuevo la mano y les permitió seguir y llevar el cuerpo. Así pues cuando quiso los detuvo, y cuando le pareció bien los dejó seguir.

## 2. *El desafío del pino volteado*

13,1. En cierta ocasión Martín había destruido un templo pagano. Pero cuando luego quiso cortar un pino que estaba cerca de aquel, el sacerdote y la gente pagana del lugar se opusieron. 13,2. Por voluntad del Señor no habían hecho resistencia cuando se destruyó el templo, pero no toleraban ahora que cortaran el árbol. Martín les explicaba con insistencia que ese árbol no tenía nada de sagrado, que tenían que seguir al Dios que él servía, y que había que cortar el árbol porque había sido dedicado al demonio.

13,3. Entonces el más audaz de ellos le dijo: "Si tienes algo de confianza en el Dios que tú dices que adoras, nosotros mismos cortaremos el árbol con tal que tú lo recibas cuando caiga. Si tu Dios está contigo, no te pasará nada". 13,4. Entonces Martín, confiando intrépidamente en el Señor, prometió hacerlo. Todo el gentío pagano aceptó este desafío, resignándose a sacrificar el árbol con tal que éste aplastara en su caída al enemigo de sus ritos.

13,5. Como el pino estaba inclinado hacia un lado, y era seguro que al cortarlo caería hacia allí, se lo puso a Martín atado, como querían los paisanos, en el lugar donde nadie dudaba que caería el árbol.

13,6. Se pusieron enseguida a cortar el árbol con gran gozo y alegría. Una turba de espectadores se mantenía a distancia. El pino comenzó poco a poco a oscilar, y ya amenazaba desplomarse. 13,7. Los monjes, desde lejos, palidecían y estaban aterrados por el peligro inminente que corría Martín. Ya habían perdido toda esperanza y fe, y sólo aguardaban su muerte. 13,8. Pero él, confiando en el Señor, esperaba intrépido.

El pino dejó oír un crujido y comenzó a derrumbarse. Ya caía y se desplomaba sobre Martín cuando éste, levantando la mano hacia él, trazó la señal de la cruz. Entonces, rechazado hacia atrás como por un huracán cayó hacia el lado opuesto, de tal modo que casi aplastó a los campesinos que se habían ubicado en lugar seguro. 13,9. Entonces se elevó al cielo un gran clamor: los campesinos se admiraban del milagro y los monjes lloraban de alegría, y todos alababan el nombre de Cristo. Claramente se comprobó aquel día que la salvación había llegado a esa región. No hubo casi nadie de esa multitud que no creyera en el Señor Jesús y pidiera la imposición de las manos, abandonando el error de la impiedad.

Antes de que llegara Martín a esas regiones, pocos o casi nadie habían recibido el nombre de Cristo. Pero tanto fue el poder de las virtudes y el ejemplo de Martín que ya no se encuentra lugar donde no haya numerosas iglesias o ermitas, pues cuando destruía los templos paganos, enseguida los reemplazaba construyendo iglesias o ermitas.

### 3. *Incendio y destrucción de templos paganos*

14,1. Por ese tiempo demostró Martín poseer una gran virtud para realizar esa clase de obras. En cierto pueblo le había prendido fuego a un antiguo y célebre templo pagano. El viento había comenzado a llevar torbellinos de llamas a una casa vecina que estaba prácticamente unida al edificio del templo. 14,2. Cuando Martín lo advirtió, corrió rápidamente, se subió al techo de la casa y salió al encuentro de las llamas que llegaban. Entonces, de modo maravilloso, se pudo ver cómo el fuego se volvía contra la fuerza del viento y se entablaba como una lucha entre los dos elementos que combatían entre sí. De este modo, por el poder de Martín, el fuego actuó solamente donde él lo mandó.

14,3. Así también cuando quiso destruir un templo que la superstición pagana había cargado de riquezas, en un pueblo llamado El Leproso (Levroux), se le opuso una muchedumbre de paganos. Rechazado no sin violencia, 14,4. tuvo que retirarse a las afueras. Allí pasó tres días vestido de cilicio y cubierto de ceniza, ayunando y orando constantemente, y pidiéndole al Señor que la virtud divina derribara aquel templo que la mano del hombre no había podido destruir. 14,5. De pronto se le aparecieron dos ángeles armados de lanza y escudo como dos soldados del cielo, y le dijeron que los enviaba el Señor para poner en fuga a la multitud de paganos y defender a Martín, para que nadie le impidiera destruir el templo. El debía terminar fielmente la obra que había comenzado. 14,6. Fue así como volvió al pueblo, y ante una multitud de paganos que lo miraban inmóviles, destruyó hasta los cimientos el edificio profano, y redujo a polvo los altares y las imágenes. 14,7. Los campesinos, al darse cuenta de que era el poder de Dios el que los había hecho permanecer estupefactos sin oponerse al obispo, llenos de temor, creyeron casi todos en el Señor Jesús, y confesaron en alta voz y abiertamente que había que dar culto al Dios de Martín y desechar los ídolos, incapaces de socorrerse a sí mismos.

#### 4. *Los asesinos descubiertos*

15,1. Voy a contar lo que sucedió en el pago de los eduos. Mientras Martín destruía otro templo, una multitud de campesinos paganos se arrojó furiosa sobre él. Cuando uno de ellos, más audaz que los otros, lo amenazaba con una espada, Martín, quitándose el manto, ofreció al golpe su cerviz descubierta. 15,2. El pagano no dudó en herirlo, pero al levantar demasiado la diestra, cayó hacia atrás. Entonces, consternado por el temor divino, pidió perdón.

15,3. Semejante al recién narrado es este otro hecho. Un día en que estaba destruyendo unos ídolos, un individuo intentó atacarlo con un cuchillo, mas al instante el cuchillo fue arrancado de las manos del agresor y desapareció.

15,4. Pero lo más frecuente era que, cuando los campesinos se oponían a que destruyera sus templos, calmara los ánimos de los paganos con una santa predicación, y cuando les mostraba la luz de la verdad, eran ellos mismos los que destruían sus templos.

## VI. LA GRACIA DE HACER CURACIONES

(Lucha contra las enfermedades y la posesión)

### 1. *Curación de la paralítica de Tréveris*

16,1. La gracia que tenía para curar era tan poderosa que casi ningún enfermo acudía a él sin que recobrara al instante la salud. Esto se verá en el caso siguiente. 16,2. Una muchacha de Tréveris estaba enferma de parálisis. Hacía mucho tiempo que su cuerpo estaba impedido de cumplir con las funciones vitales, y como si estuviera medio muerta, apenas palpitaba en ella un soplo de vida. 16,3. Sus parientes cercanos la acompañaban con dolor, esperando solamente su muerte, cuando de pronto se anunció la llegada de Martín a aquella ciudad. Cuando el padre de la muchacha lo supo, corrió hasta quedar sin aliento, a rogarle por su hija. 16,4. Martín ya había entrado a la iglesia. Allí, ante la mirada del pueblo y de muchos otros obispos presentes, el anciano abrazó sus rodillas sollozando y le dijo: "Mi hija muere de una enfermedad terrible, más cruel que la misma muerte. Sólo tiene un hálito de vida, pues su carne está como muerta. Te ruego que vayas y la bendigas, pues creo que gracias a ti le será devuelta su salud". 16,5. Ante estas palabras, Martín se sintió confundido y trató de excusarse diciendo que no estaba en su poder lo que le pedía, que el anciano no sabía lo que decía, que no era digno de que Dios mostrara su virtud por él. Pero el padre perseveraba llorando con más vehemencia y rogando que visitara a la moribunda. 16,6. Por fin, instado a ir por los obispos presentes, bajó a la casa de la muchacha. Una gran multitud estaba ante las puertas para ver qué iba a hacer el siervo de Dios. 16,7. El, recurriendo a las armas que le eran familiares en estas circunstancias, se postró en el suelo en oración. Después mirando a la joven pide que traigan aceite. Entonces lo bendijo y luego derramó la virtud de este santo brebaje en la boca de la niña, la cual recobró al instante la palabra. 16,8. Luego, progresivamente, a su contacto se fueron sanando sus miembros, hasta que se incorporó y se puso de pie en presencia del pueblo.

### 2. *Liberación de tres posesos*

17,1. En ese tiempo un esclavo de un tal Tetradio, personaje proconsular, estaba poseído por un demonio que lo atormentaba con

dolores terribles. Pidieron a Martín que le impusiera las manos, y éste mandó llamarlo. Pero fue imposible sacar de la celda al espíritu maligno, que atacaba a dentelladas furiosas a los que se acercaban. 17,2. Tetradio cae entonces de rodillas ante el santo varón pidiéndole que baje a la casa donde tenían al endemoniado. Martín responde que no puede ir a casa de un infiel y pagano 17,3. (porque es de saber que Tetradio, en ese tiempo, estaba todavía envuelto en el error del paganismo). Pero éste prometió que si su esclavo era librado del demonio, se haría cristiano. 17,4. Martín impuso entonces las manos al esclavo y arrojó de él al espíritu inmundo. Al ver esto Tetradio creyó en el Señor Jesús, y al instante se hizo catecúmeno, y no mucho después fue bautizado. Y siempre guardó hacia Martín un gran afecto, considerándolo como el autor de su salvación.

17,5. Por ese mismo tiempo y en el mismo pueblo, undía Martín iba a entrar en la casa de un padre de familia, cuando al llegar al umbral de la puerta se detuvo diciendo que veía un horrible demonio en el atrio de la casa. Le ordenó entonces que se fuera, pero el demonio tomó posesión del cocinero del padre de familia, que se hallaba en el interior de la casa. El miserable comenzó a agredir con los dientes y a herir a los que encontraba. La casa se estremeció, los esclavos se asustaron, la gente se escapó. 17,6. Martín se presenta al furioso y le ordena inmediatamente que se detenga, pero el otro rechinando los dientes y abriendo la boca amenazaba morderlo. Entonces Martín le metió los dedos en la boca y le dijo: "Si tienes algún poder, devóralos". 17,7. El poseso, como si le hubieran metido en la boca un hierro candente, apartaba sus dientes de los dedos del santo varón para no tocarlos. Y como el demonio se viera forzado a abandonar el cuerpo del poseso por estos castigos y torturas, y no podía salir por la boca, fue expulsado por el flujo del vientre, dejando tras sí restos repugnantes.

18,1. Entre tanto había cundido repentinamente la noticia de que se acercaba una invasión de los bárbaros, y la ciudad estaba alarmada. Martín mandó llamar a su presencia a un endemoniado y le ordenó que confesara si esa noticia era verdadera. 18,2. Entonces el demonio confesó que él junto con otros diez demonios que estaban con él habían hecho correr ese rumor entre la gente para que Martín se asustara y se fuera del pueblo, pero que en realidad los bárbaros ni pensaban hacer una invasión. Como el espíritu inmundo hizo esta confesión en plena iglesia, la ciudad se vio libre de este temor y esta zozobra.



### 3. Cuatro curaciones notables

18,3. Entrando en París acompañado de una gran multitud, al pasar por la puerta de esta ciudad besó y bendijo a un miserable leproso que tenía una cara que causaba horror a todos. Al instante el leproso quedó totalmente libre de su mal. 18,4. Al día siguiente fue a la iglesia a dar gracias por la salud recobrada, y tenía la piel inmaculada. No debemos dejar de contar que a menudo trocitos del vestido o cilicio de Martín obraron curaciones. 18,5. Atados a los dedos o aplicados al cuello de los enfermos, curaban frecuentemente la enfermedad que padecían.

19,1. Así fue como un antiguo prefecto llamado Arborio, alma santa y fiel, que tenía una hija gravemente enferma de fiebre cuartana, como le llegara a sus manos una carta de Martín, la aplicó al pecho de la muchacha cuando estaba en pleno acceso de fiebre, y ésta al instante desapareció. 19,2. Ello impresionó tanto a Arborio que al momento ofreció la niña a Dios y la consagró a perpetua virginidad. Fue a ver a Martín y le presentó a la joven que aquel había curado estando aún ausente, como testimonio viviente de su virtud, y no consintió que nadie sino Martín le impusiera el hábito de las vírgenes y la consagrara.

19,3. Paulino, aquel varón que debía ser luego un ejemplo tan preclaro, comenzó a padecer gravemente de un ojo, y una nube muy compacta cubría enteramente la pupila. Martín le tocó el ojo con un pequeño pincel y le restituyó la prístina salud, quitándole todo dolor. 19,4. El mismo en cierta ocasión se cayó de una pieza alta al rodar por los peldaños irregulares de la escalera, y recibió muchas heridas. Yacía en la celda postrado, en medio de grandes dolores, cuando por la noche un ángel pareció lavarle las heridas y ungir con un bálsamo saludable las confusiones de su cuerpo magullado. Al día siguiente estaba tan sano, que nadie hubiera creído que había sufrido accidente alguno.

19,5. Pero sería largo relatar todos los casos. Baste haber citado estos pocos ejemplos elegidos entre muchos. Séanos pues suficiente no ocultar la verdad de los más notables, y evitar el cansancio que causaríamos con su multiplicación.

## VII. LOS ENGAÑOS DEL DIABLO

(Lucha contra las ilusiones de Satán)

### 1. *Festín en la casa del emperador Máximo*

20,1. Añadamos todavía algún relato de menor importancia. En nuestros tiempos la depravación y la corrupción son tales que es excepcional que un obispo no trate de quedar bien con el rey. Sucedió pues que alrededor del emperador Máximo, hombre de temperamento feroz, exacerbado aún más por su triunfo en las guerras civiles, se habían congregado muchos obispos venidos de diversas partes del mundo. Era visible la torpe adulación de todos hacia el príncipe, posponiendo, por falta de valor, la dignidad sacerdotal a la condición de clientes del soberano. Solamente en Martín subsistía la dignidad de los apóstoles, 20,2. de modo que cuando tuvo que interceder por algunas personas lo hizo más exigiendo que rogando. A pesar de las frecuentes invitaciones a comer con él que le hacía el príncipe, se negaba alegando que no podía participar de la mesa de aquel que había quitado a un emperador el reino, y a otro, la vida. 20,3. Por último Máximo afirmó que él no había asumido el poder por su propia voluntad, sino que se había visto obligado a defender con las armas el reino que por designio divino le había sido impuesto por los soldados; que le parecía que la voluntad de Dios no podía oponerse a un hombre que había obtenido una victoria tan increíble; y que ninguno de sus enemigos había muerto fuera de los campos de batalla. Martín se dejó convencer por sus razones y ruegos y asistió a una comida, con gran alegría del rey que había conseguido que fuera. 20,4. Como si se tratara de un día de fiesta, estaban invitadas allí ilustres personalidades: el prefecto y cónsul Evodio, varón justo como ninguno, dos condes investidos de los más altos poderes, y el hermano y el tío del rey. Entre estos se había ubicado el presbítero que acompañaba a Martín, y él ocupaba un lugar al lado del rey. 20,5. Hacia la mitad del banquete un servidor, como es costumbre, presentó una copa al rey. Este mandó dársela al obispo, esperando y deseando recibir la copa de su mano. 20,6. Pero Martín, después de beber, entregó la copa a su presbítero, estimando que nadie era más digno que éste de beber después de él, y que no hubiera estado bien dársela primero al rey en persona o a alguno de los personajes que estaban a su lado. 20,7. Semejante gesto admiró tanto al emperador y a los presentes, que se sintieron complacidos por aquel mismo acto que los había

desairado. Y fue muy notorio en todo el palacio que Martín había hecho en un banquete real lo que ningún obispo se hubiera animado a hacer en una comida de modestos magistrados.

20,8. A este mismo Máximo Martín le previno con mucha anticipación que si se dirigía a Italia, adonde quería ir para hacer la guerra al emperador Valentiniano, debía saber que en un primer tiempo sería vencedor, mas que poco después moriría. 20,9. Y eso fue lo que vimos que sucedió. Pues a la llegada de Máximo, Valentiniano fue puesto en fuga, pero más o menos un año más tarde rehízo sus fuerzas y apresó a Máximo dentro de los muros de Aquilea y lo ejecutó.

## 2. *Satanás hostiga a Martín*

21,1. Está fuera de duda que en muchas ocasiones Martín recibía la visita de ángeles y conversaba con ellos. También el diablo era patente y visible a sus ojos, y lo descubría bajo cualquier forma que se presentara, ya fuera con su propio aspecto, ya fuera transformado en diversas apariencias de maldad. 21,2. Sabiendo el diablo que no podía escapar, lo hostigaba a menudo con injurias, pues no podía engañarlo con sus trampas.

En cierta ocasión el demonio hizo irrupción en su celda con gran estrépito, teniendo en la mano un cuerno de buey empapado en sangre. Luego mostrando su diestra ensangrentada y festejando el crimen que acababa de cometer, le dijo: "¿Dónde está, Martín, tu poder?; acabo de matar a uno de los tuyos". 21,3. Entonces Martín llamó a los hermanos y les contó lo que le había dicho el diablo, y les mandó que se fijaran con diligencia para ver quién había sido la víctima. Le avisaron que no faltaba ninguno de los monjes, sino sólo un campesino que habían contratado para que trajera leña con el carro y que había ido al bosque. Martín manda a algunos a buscarlo. 21,4. No lejos del monasterio lo hallan casi muerto. Ya a punto de morir cuenta a los hermanos la causa de su herida mortal. Los bueyes estaban uncidos, y él ajustaba las correas que estaban flojas, cuando un buey sacudió la cabeza y le clavó un cuerno en la ingle. Poco después entregó su alma. Ustedes sabrán por qué el Señor dio este poder al diablo, 21,5. pero lo extraordinario es que Martín preveía mucho antes de que acontecieran, no sólo este que acabamos de narrar, sino muchos otros sucesos semejantes, y refería a sus hermanos lo que a él le había sido revelado.

### 3. *Disfraces politeístas y controversias teológicas*

22,1. Frecuentemente el diablo intentaba engañar al santo con mil artificios y se presentaba ante él bajo aspectos muy diversos. A veces lo hacía con la apariencia de Júpiter, otras con la de Mercurio, y otras también, presentaba el aspecto de Venus o de Minerva. De él Martín, siempre impávido, se protegía con la señal de la cruz y el auxilio de la oración. 22,2. Muchas veces se oían las invectivas con las que la turba de los demonios lo increpaban a grandes voces. Pero sabiendo él que todo aquello era falso y vano, no hacía caso a lo que decían.

22,3. Algunos hermanos afirmaban haber oído al demonio acusar a Martín con palabras y gritos perversos, por recibir en el monasterio a hermanos que en otro tiempo habían perdido la gracia bautismal al aceptar diversos errores, y que luego se habían convertido. El diablo luego enumeraba las faltas de cada uno. 22,4. Pero Martín, haciendo frente al diablo, repuso con firmeza que los delitos pasados son borrados cuando se observa una vida mejor, y que la misericordia de Dios perdona los pecados de los que dejan de pecar. El diablo a su vez lo contradijo diciendo que los culpables no tenían perdón, y que aquellos que habían caído una vez no podían esperar clemencia alguna del Señor. Entonces Martín se expresó en estos términos: 22,5. "Si tú mismo, miserable, dejaras de perseguir a los hombres y te arrepintieras de lo que haces, ahora cuando el día del juicio se aproxima, yo te prometería misericordia, confiando verdaderamente en el Señor Jesucristo".

¡Oh qué santamente presumió de la piedad del Señor! Y aunque no pudo otorgarla por no tener autoridad sobre ésta, por lo menos expresó sus sentimientos.

22,6. Y puesto que hemos comenzado a hablar del diablo y de sus artimañas, no estará fuera de lugar, aunque me desvíe del tema, contar un suceso donde se manifestó una parte del poder de Martín. Fue un hecho extraordinario, digno de ser recordado como una enseñanza para aprender a ser precavido, si a uno, en cualquier circunstancia, le sucediera algo semejante.

### 4. *Falsa mística y falsos profetas*

23,1. Un tal Claro, joven de la alta nobleza que llegó a ser luego sacerdote, y que ya alcanzó la vida bienaventurada por una muerte

santa, había abandonado todo para irse con Martín. En poco tiempo ascendió a la cumbre de la fe y de todas las virtudes. 23,2. Se había construido una celda no lejos del monasterio del obispo, donde vivía en compañía de muchos hermanos. Vino también a vivir allí un joven llamado Anatolio que, bajo su profesión monástica, aparentaba gran humildad y modestia. Llevó éste durante un tiempo la vida en común que llevaban todos. 23,3. Luego con el tiempo comenzó a decir que solía tener conversaciones con ángeles. Como nadie le hacía caso, aparentaba hacer algunos prodigios para que los hermanos le dieran crédito. Por último llegó a decir que tenía mensajeros que iban y venían entre Dios y él, y pretendía que lo consideraran como a uno de los profetas. 23,4. Claro, sin embargo, no se dejaba convencer. Entonces Anatolio lo amenazó con la ira del Señor y con castigos inminentes por no dar fe a un santo. 23,5. Se cuenta que le dijo al final: "He aquí que esta noche el Señor me dará una vestidura blanca. Revestido con ella permaneceré entre vosotros, y ésta será la señal de que yo soy un poder de Dios, puesto que habré recibido una vestidura de Dios".

23,6. Ante esta declaración hubo una gran expectación. A eso de medianoche todo el monasterio pareció estremecerse con un fragor, como el que produciría gente saltando sobre la tierra. La celda donde vivía el joven se veía brillar con muchos resplandores, y se oía el ruido de gente que andaba en ella y el murmullo de muchas voces. 23,7. Luego se hizo silencio; sale el joven, llama a uno de los hermanos de nombre Sabatio y le muestra la túnica que vestía. 23,8. Estupefacto éste, llama a los demás. El mismo Claro también va. Traen una luz y todos miran la vestidura atentamente. Era sumamente suave, de una blancura excepcional y de un brillo resplandeciente. No se podía saber de qué fibra o lana estaba hecha, pero mirada con atención o al tacto de los dedos, era como cualquier otro vestido.

Al ver esto, Claro instó a los hermanos a que se pusieran a orar para que el Señor les mostrara más claramente de qué se trataba. 23,9. Y así pasan la noche entre himnos y salmos. Cuando aclaró el día, Claro tomó a Anatolio de la mano para llevarlo a Martín, pues sabía que el arte del diablo no podía engañarlo. 23,10. Entonces el desgraciado comenzó a resistirse y a clamar diciendo que le estaba prohibido presentarse a Martín. Cuando lo conducían a la fuerza el vestido se desvaneció entre las manos de los que lo llevaban. 23,11. Sin duda alguna era tan grande el poder de Martín, que el

diablo no pudo disimular ni ocultar por más tiempo su fantasmagoría cuando iba a ser vista por Martín.

24,1. Es de notar que más o menos por la misma época hubo en España un muchacho que hacía muchos prodigios. La autoridad que había adquirido con esto lo llevó a infatuarse hasta llegar a afirmar que él era Elías. 24,2. Muchos imprudentemente lo creyeron, y él llegó a declarar que era el mismo Cristo. De tal manera engañó que hasta un obispo llamado Rufo lo adoró como a Dios, por lo cual lo vimos luego destituido del episcopado. 24,3. Muchos de nuestros hermanos nos han contado que por ese tiempo hubo en Oriente uno que se jactaba de ser Juan. Podemos suponer por la aparición de esta clase de falsos profetas, que es inminente el advenimiento del anticristo y que obra ya en éstos el misterio de la iniquidad.

##### 5. *Falsa parusia de Satán disfrazado de Cristo Rey*

24,4. Me parece que no debo omitir narrar con qué habilidad el diablo tentó a Martín por aquel tiempo. Cierta día en efecto se hizo preceder de una luz brillante y se envolvió él mismo en la luz, para engañarlo más fácilmente con la claridad del resplandor que tomaba. Iba vestido con un traje real, ceñido con una diadema de piedras y oro, y llevaba calzado bordado en oro. Tenía el aspecto sereno y el rostro alegre, de modo que en nada se parecía al diablo. Así se presentó en la celda de Martín cuando éste estaba orando. 24,5. Martín cuando lo vio se quedó estupefacto, y los dos permanecieron largo rato en silencio. El diablo habló primero. "Reconoce —dijo— oh Martín, al que ves: Yo soy Cristo. A punto de descender a la tierra quise manifestarme primero a ti". 24,6. Pero como Martín callara ante estas palabras y no le dijera nada, el diablo osó repetir la audaz declaración: "Martín, ¿por qué dudas? Cree puesto que ves. Yo soy Cristo". 24,7. Entonces Martín, a quien el Espíritu Santo había revelado que aquel personaje era el diablo y no el Señor, le dijo: "El Señor Jesús no predijo que iba a venir vestido de púrpura y con una diadema resplandeciente. Yo no creo que Cristo venga así, sino con las vestiduras y el aspecto con que padeció, llevando claramente las huellas de la cruz". 24,8. Al oír estas palabras, aquél se desvaneció como humo. La celda se llenó de un hedor tal que indicó con certeza que el diablo había estado allí. Este hecho que acabo de narrar lo conocí por boca del mismo Martín. Digo esto para que nadie lo tome por una historia inventada.



## VIII. LA "CONVERSATIO" DE MARTÍN

(El sacerdote, el asceta, el santo)

1. *El maestro*

25,1. Hacía ya tiempo que habíamos oído hablar de la fe, de la vida y de la virtud de Martín, y deseábamos vivamente conocerlo, por lo cual emprendimos gustosos una peregrinación para verlo. Como ya teníamos en nuestro interior el deseo ardiente de escribir su vida, tratamos de enterarnos de ella en parte directamente por él, en cuanto nos fue posible interrogarlo, y en parte por aquellos que vivían con él o que conocían su vida.

25,2. Fue increíble con qué humildad y bondad me recibió en aquella ocasión. Se regocijó mucho y se alegró en el Señor de que lo estimáramos hasta el punto de emprender una peregrinación para verlo. 25,3. Cuando se dignó hacerme participar de su santa comida —apenas me atrevo a decirlo— miserable como soy, fue él quien derramó agua en nuestras manos, y a la tarde fue él quien lavó nuestros pies. No nos atrevimos a negarnos ni a contradecirlo, pues de tal modo se imponía su autoridad que me hubiera parecido un sacrilegio no consentir en ello.

25,4. No nos habló más que de la necesidad de abandonar los atractivos del mundo y las cargas del siglo, para seguir al Señor Jesús. Nos proponía como ejemplo eminente de nuestro tiempo al ilustre varón Paulino, del que más arriba hicimos mención, quien abandonó una cuantiosa fortuna para seguir a Cristo. Era casi el único de nuestro tiempo que había practicado íntegramente los preceptos evangélicos. 25,5. A él había que seguir, a él había que imitar, clamaba Martín. Era una felicidad para la presente generación tener un testimonio de tanta fe y virtud, pues siendo rico y poseyendo muchos bienes vendió todo y lo dio a los pobres, según la palabra del Señor, e hizo posible con su ejemplo aquello que parecía imposible de realizar.

25,6. ¡Qué gravedad y qué dignidad había en sus palabras y en su conversación! ¡Qué fuerza y eficacia! ¡Qué prontitud y facilidad para resolver las dificultades de las Escrituras! 25,7. Y como sé que muchos no me creerán, porque he conocido gente que no aceptaba lo que yo les contaba, pongo por testigo a Jesús, nuestra común esperanza, de que yo no he oído nunca a nadie que tuviera

tanta ciencia en sus labios, ni tanto talento, ni que dijera tan buenas y tan puras palabras. 25,8. Y aun esta alabanza es pequeña para las virtudes de Martín. Y lo extraordinario es que esta gracia la poseyese un hombre sin letras.

## 2. *El asceta*

26,1. Pero este libro ya está llegando a su término. Voy a concluir, no porque no haya más que decir sobre Martín, sino porque como mal escritor que soy, que no sabe llevar a término su trabajo, succumbo vencido ante la amplitud del tema. 26,2. Pues si los hechos pudieron expresarse de algún modo con palabras, confieso que ningún discurso expresará jamás lo que fue su vida interior, su proceder cotidiano, su alma tendida hacia el cielo. Pienso en la constancia y medida de su abstinencia y de su ayuno, en su energía para ser fiel a las vigiliass y a las oraciones tanto nocturnas como diurnas, sin interrumpir la Obra de Dios por el descanso o la actividad, por la comida o el sueño, sino en la medida exigida por la naturaleza. 26,3. En realidad, confieso que si el mismo Homero se levantara de los infiernos —como dicen— no podría exponer todo esto. Todo es tan grande en Martín que no se puede expresar con palabras.

Nunca dejó pasar una hora, ni un instante, en que no se entregara a la oración o se aplicara a la lectura. Y aun mientras se ocupaba en leer o hacer alguna otra cosa, nunca permitía que su espíritu cesara de orar. 26,4. Y así como es costumbre entre los herreros golpear el yunque durante los intervalos de su trabajo, como para descansar, así Martín, incluso cuando parecía hacer otra cosa, siempre oraba.

## 3. *El confesor*

26,5. ¡Oh varón verdaderamente feliz en quien no existió falsedad alguna! A nadie juzgaba, a nadie hacía daño, a nadie devolvía mal por mal. Era tanta su paciencia para soportar todas las injurias que aunque tenía la plenitud del sacerdocio toleraba ser ultrajado hasta por los últimos clérigos, sin castigarlos. Jamás destituyó a alguno por esta razón ni, en cuanto estuvo de su parte, privó a nadie de su caridad. 27,1. Nadie lo vio jamás airado, ni alterado, ni afligido, ni entregándose a la risa. Fue siempre el mismo, con un rostro que

denotaba una alegría celestial y que parecía estar más allá de la naturaleza humana. No tenía en sus labios sino a Cristo, 27,2. no tenía en su corazón sino bondad, paz y misericordia. A menudo solía llorar los pecados de los que lo difamaban, y permanecía sereno en la soledad mientras las lenguas venenosas y los labios viperinos lo laceraban.

27,3. En verdad hemos conocido personalmente a algunos que envidiaban su virtud y su vida, y que odiaban en él lo que no veían en sí y no eran capaces de imitar. Y lo penoso y lamentable es que sus perseguidores, si bien pocos, eran en su mayoría obispos. 27,4. No es necesario dar nombres, aunque la mayor parte ladren a nuestro alrededor. Si alguno de ellos lee estas líneas, es suficiente que lo reconozca y se avergüence, pues si se enoja confiesa con su actitud que estas palabras le conciernen a él, cuando quizás nos referíamos a otros. 27,5. Pero si es uno de ellos, no nos vamos a oponer a que nos odien a nosotros junto con tan gran varón.

27,6. Creo ciertamente que este opúsculo ha de agradar a todas las personas santas. Por otra parte si alguien no cree en lo que lee, él será quien peca. 27,7. Por mi parte, yo tengo conciencia de haber escrito movido por el deseo de exponer la verdad y por el amor a Cristo, y sé que he narrado y he dicho cosas manifiestas y verdaderas. Y espero que Dios les prepare un premio, no a todos los que lo lean, sino a todos los que crean.

\* \* \*

## IX. CARTA PRIMERA: A EUSEBIO

### 1. *Martín calumniado*

1. Ayer vinieron a verme casi todos los monjes. Hablando de muchas cosas en medio de una larga plática, la conversación cayó sobre el opúsculo que publiqué sobre la vida del santo obispo Martín, y oí decir con gran gusto que muchos lo leían con sumo interés. 2. En esto se me hace saber que un individuo, movido por un mal espíritu, se había preguntado por qué Martín, que había resucitado muertos y había librado del fuego algunas casas, había tenido que pasar él mis-

mo por un momento difícil recientemente en un incendio, y había sufrido quemaduras. 3. ¡Oh miserable, quienquiera que seas! En esos términos reconocemos la incredulidad de los judíos que increpaban al Señor crucificado con estas palabras: *Ha salvado a otros, pero no puede salvarse a sí mismo*. 4. En verdad éste, quienquiera que sea, que blasfema contra un santo como se hizo contra el Señor, si hubiera nacido en aquellos tiempos hubiera podido proferir cosas semejantes contra el Señor. 5. ¿Qué dices? ¿Que Martín no es poderoso, no es santo, porque haya padecido un incendio? ¡Oh santo varón en todo parecido a los apóstoles, hasta en estos agravios! Pues cuando Pablo fue mordido por la serpiente, pensaron los paganos: *Este hombre debe ser homicida, ya que el destino no le permite vivir aunque se haya salvado del mar*. Pero él sacudió la serpiente en el fuego y no sufrió ningún mal. Aquellos pensaban que pronto iba a desplomarse y enseguida moriría, mas como vieron que no le pasaba nada cambiaron de opinión y creyeron que era un dios. Y bien, tú, el más infeliz de los mortales, tú deberías refutar tu propia incredulidad, pues si fue un escándalo para ti que Martín fuera alcanzado por el fuego, deberías atribuir a sus méritos y virtudes el que, aunque el fuego lo alcanzó, no pereció en el fuego que lo rodeaba. 6. Reconoce, miserable, reconoce lo que ignoras, que los santos fueron especialmente insignes por las virtudes que mostraron en los peligros que corrieron. Veo a Pedro que con una fe profunda camina sobre el mar a pie, contra las leyes naturales, y huella con sus pisadas corporales las aguas inestables. Pero no por eso me parece que fuera menos el Apóstol de los gentiles, tragado por las olas y restituido por las aguas desde lo hondo del abismo después de tres días y tres noches. Y casi no sé qué es más, si haber vivido en el abismo del mar o haber caminado sobre la superficie del mismo. 7. Pero creo que tú, tonto, no has leído estas cosas, o si las leíste no las entendiste. Ciertamente no fue sin un designio de Dios que el santo evangelista narra en las Sagradas Escrituras un caso como éste. Fue para enseñar al espíritu humano que los accidentes causados por los naufragios y las serpientes, y otros como los que refiere el Apóstol, quien se gloría de la desnudez, del hambre y del peligro de los ladrones, todas estas cosas, son los padecimientos comunes que deben sufrir los hombres santos. Pero siempre fue virtud excepcional de varones justos el saber soportarlos y vencerlos. Por eso padeciendo toda clase de pruebas y siempre invictos; tanto más virtuosamente vencieron cuanto más gravemente sufrieron. 8. Por eso; lo que se invoca pa-

ra probar la debilidad de Martín, redundaba en pro de su dignidad y honor, porque puesto a prueba en una circunstancia peligrosísima, salió vencedor. Por otra parte nadie se extrañe de que yo haya omitido el hecho del incendio en el opúsculo que escribí sobre su vida, puesto que allí declaré que no había escrito la totalidad de los hechos, ya que si hubiera querido hacerlo hubiera dado a los lectores un volumen inmenso. No son efectivamente tan escasos sus hechos como para poder narrarlos todos aquí, 9.º mas sin embargo no dejaré en la sombra el incidente en cuestión, y lo contaré íntegramente tal como sucedió, para no dar la impresión de que estoy omitiendo a propósito lo que pudiera desacreditar al santo varón.

## 2. *Cómo Martín venció el fuego*

10. Era pleno invierno cuando Martín fue a visitar una parroquia, como habitualmente hacen los obispos con sus iglesias. Los clérigos le habían preparado un lugar en la sacristía de la iglesia, y habían encendido un gran fuego bajo el piso, que estaba carcomido y era muy delgado, y le arreglaron una cama con mucha paja. Cuando Martín se acostó sintió desagrado por la desacostumbrada molición de esta cama peligrosamente cómoda, puesto que acostumbraba dormir sobre el suelo desnudo, cubriéndose con un simple cilicio. 11. Así, molesto como si hubiera recibido una ofensa, hizo a un lado toda la paja, amontonando accidentalmente parte de ella sobre el hogar. Luego cansado por el viaje se durmió, como solía, sobre el suelo desnudo. A medianoche, a través del piso que según dijimos estaba carcomido, el fuego encendió la paja seca. 12. Este accidente inesperado despertó a Martín. Contaba después que sorprendido por el peligro que lo rodeaba, pero sobre todo por el diablo que le tendía un lazo para apresarle, recurrió al auxilio de la oración más tarde de lo que debió haberlo hecho. Intentando escapar afuera, hizo grandes esfuerzos para correr el cerrojo con el que antes había cerrado la puerta, mientras sentía crecer el incendio a su alrededor y el fuego prendía en el vestido que tenía puesto. 13. Por fin vuelto en sí, sabiendo que su salvación no estaba en la huida sino en el Señor, empuñó el escudo de la fe y de la oración, y volviéndose con todo su ser hacia el Señor, se postró en medio de las llamas. Entonces por el poder divino el fuego se apartó, y rodeado de llamas, él oraba sin sufrir daño. Los monjes que estaban detrás de las puertas, en medio del fragor del incendio que crepitaba y crecía, forzaron las puertas cerra-

das, hicieron a un lado el fuego y sacaron a Martín de en medio de las llamas, cuando ya se lo creía totalmente consumido por tan prolongado incendio. 14. Más tarde —y el Señor es festigo de mis palabras— el mismo Martín me decía, y no sin gemir, que la habilidad del diablo lo había engañado para que al despertar del sueño no se le ocurriera rechazar el peligro por medio de la fe y la oración, y para que, en fin, el fuego ardiese tanto tiempo junto a él mientras con la mente ofuscada, se esforzaba por abrir la puerta. 15. Pero cuando volvió a empuñar el estandarte de la cruz y las armas de la oración, las llamas se abrieron y él sintió como rocío a las que le habían producido dolorosas quemaduras.

Quienquiera que esto lea sepa que Martín, puesto a prueba en este peligro, fue verdaderamente aprobado.

\* \* \*

## X. SEGUNDA CARTA: AL DIACONO AURELIO

### 1. *Presagios y avisos de la muerte de Martín*

1. Esta mañana cuando te fuiste me quedé solo en la celda reflexionando sobre aquellas cosas que a menudo ocupan mi pensamiento: la esperanza de las realidades futuras, el fastidio de las presentes, el miedo al juicio, el temor de las penas, y, lo que era lógico y de donde procedían todas mis reflexiones, el recuerdo de mis pecados, que me llenaba de tristeza. 2. Luego extendí sobre el lecho mis miembros fatigados por la angustia del alma y como suele suceder muchas veces, la pesadumbre hizo que el sueño me venciera. El sueño, en las horas de la mañana, es más liviano e incierto, y tan vacilante e indeciso se difunde por los miembros, que estando casi despierto sientes que duermes. 3. De pronto me parece ver al santo obispo Martín vestido con una toga blanca, con el rostro como fuego, los ojos rutilantes y el cabello brillante. Me parecía que tenía el aspecto y la apariencia que yo bien conocía, de modo que (y esto me resulta difícil de explicar) se lo podía reconocer sin poder mirarlo. Sonriéndome un tanto, me tendía con su diestra el opúsculo que yo había



escrito sobre su vida. 4. Yo me abracé a sus rodillas y le pedí la bendición como acostumbraba, y sentí que apoyaba delicadamente su mano sobre mi cabeza mientras pronunciaba las acostumbradas palabras de bendición con el nombre de la cruz, tan familiar en sus labios.

Ló contemplé luego con los ojos fijos en él, sin poderme saciar dé su rostro y de su mirada, hasta que de pronto me fue arrebatado a lo alto. Mientras lo seguíamos con la mirada recorrió la inmensidad de los aires llevado por una rápida nube, y fue recibido en el cielo abierto, y no se lo pudo ver más. 5. Poco después veo al santo sacerdote Claro, su discípulo, que había muerto hacía poco, subir por el mismo camino que su maestro. Yo, atrevidamente, quise seguirlo, y cuando intentaba y me esforzaba por escalar las alturas del cielo, me despierto. Cuando me desperté del sueño y ya comenzaba a alegrarme de la visión que había tenido, entra un siervo familiar, más triste de lo que solía, como con deseos de hablar conmigo, y con rostro de sufrimiento. 6. “¿Qué te pasa —le dije— que quieres hablarme y estás tan triste?”. Y él me respondió: “Acaban de llegar de Tours dos monjes que traen la noticia de que ha muerto el señor Martín”.

## 2. *Primer treno y panegírico del mártir Martín*

Yo desfallecí, lo confieso. Brotaron las lágrimas y lloré abundantemente. Aún ahora mientras te escribo esto, hermano, brotan las lágrimas, y no tengo ningún consuelo para este dolor tan intolerable. Pero desde que recibí la noticia quise que fueras partícipe de mi pena, tú que eras partícipe de mi amor. 7. Ven pues a verme enseguida para que lloremos juntos al que amamos juntos. Aunque sé que a ese hombre no hay que llorarlo, porque venció al mundo y triunfó del siglo, y ahora finalmente se le concedió la corona de la justicia. Pero yo no puedo impedir que me duela. 8. Envié ciertamente ante mí a un protector, pero perdí un consuelo en esta vida presente, y si el dolor fuera capaz de dejarse guiar por la razón, debería alegrarme. Está, en efecto, junto con los apóstoles y los profetas, y hasta diría, sin menospreciar a ninguno de los santos, que nadie de esta santa grey lo aventaja. Espero, creo y confío que junto con los que lavaron sus vestiduras con sangre, acompaña, limpio de toda mancha, al Cordero que los guía. 9. Pues aunque las circunstancias no le permitieran alcanzar el martirio, no será privado de la gloria de los mártires, pues por su deseo y por su valor

fue capaz y quiso ser mártir. Y pongo por testigo al Dios del cielo y de la tierra, que si hubiera tenido que combatir la pelea en los tiempos de Decio o de Nerón, hubiera subido espontáneamente al suplicio, más aún, se habría arrojado espontáneamente a las llamas, y como los jóvenes hebreos en el horno, entre el fuego y las llamas hubiera cantado un himno al Señor. 10. Y si el perseguidor hubiera elegido aquel suplicio de Isafas, ciertamente nunca hubiera temido, al igual que el profeta, ver sus miembros amputados por sierras y cuchillas. Y si el furor impío hubiera preferido arrojarlo desde rocas cortadas a pique y desde montañas abruptas, con confianza doy este testimonio de la verdad, hubiera muerto de buen grado. Si hubiera sido condenado a morir a espada, como el doctor de los gentiles, y hubiera sido conducido al suplicio junto con otras víctimas, como sucede a menudo, hubiera insistido ante el verdugo hasta obtener de él la gracia de alcanzar él primero la palma de la sangre. 11. En una palabra, hubiera permanecido inmóvil ante todas las penas y suplicios, ante los cuales muchas veces cede la fragilidad humana, y no hubiera dejado de confesar al Señor. Y alegre entre las heridas, y feliz entre las torturas, se hubiera reído en medio de los tormentos.

12. Pero aunque no soportó todo esto alcanzó sin embargo la plenitud del martirio. Porque ¿qué dolores no soporto por la esperanza de la eternidad, tales como el hambre, las vigiliass, la desnudez, los ayunos, los vejámenes de los envidiosos, las persecuciones de los malos, el cuidado de los enfermos, la solicitud por los que están en peligro? 13. ¿Quién sintió dolor sin que él también lo sintiera? ¿Quién se escandalizó sin que él no se abrasara? ¿Quién pereció sin que él no gimiera? Sin contar los combates cotidianos contra el poderío de la maldad de los hombres y de los espíritus. En este hombre, asaltado por diversas tentaciones, siempre prevaleció el valor para vencer, la paciencia para esperar, la serenidad para resistir. 14. ¡Oh varón del que no se puede encarecer demasiado su bondad, su misericordia y su caridad! Esta caridad que se enfriaba día a día, aun en los santos varones, en un siglo frío, en él, sin embargo, fue creciendo cada día más hasta el fin. De esta virtud suya gocé personalmente, pues aunque yo fuera indigno y no lo mereciera, me amaba singularmente.

### 3. Segundo treno y consuelo por el patronazgo de san Martín

15. He aquí que de nuevo fluyen las lágrimas, y del fondo del pecho estalla un gemido. ¿En quién hallaré, en el futuro, un reposo semejante? ¿En la caridad de quién hallaré consuelo? ¿Qué miserable e infeliz soy! ¿Podré alguna vez, si mi vida se prolonga, no dolerme de haber vivido más que Martín? Después de esto ¿podrá ser feliz mi vida? ¿Habrá algún día u hora sin lágrimas? ¿Podré, hermano queridísimo, hablar contigo de él, sin llorar? ¿O podré, conversando contigo, hablar de otro tema que no sea él?

16. Pero ¿por qué conmoverte con lágrimas y gemidos? Yo deseo que tú te hayas consolado, yo, que no puedo consolarme a mí mismo. El no nos faltará, créeme, no nos faltará. Estará con nosotros cuando hablemos de él, estará presente cuando oremos. Y como se dignó hacerlo ya hoy, a menudo se dejará ver en su gloria, y nos protegerá como hace poco lo hizo con su incesante bendición. 17. El mostró en esta visión el cielo abierto para que lo siguieran, y nos enseñó que debíamos seguirlo. El nos mostró a dónde tenía que dirigirse nuestra esperanza, a dónde dirigir nuestro espíritu. ¿Pero qué sucederá, hermano? Tengo plena conciencia de no poder subir al santuario por este camino escarpado. Me aplasta tanto un molesto fardo y me siento tan abrumado por tantos pecados, que me doy cuenta de que no puedo subir hasta los astros y me siento arrastrado miserablemente al cruel Tártaro.

18. Pero me queda una única esperanza, la última; lo que no podemos conseguir por nosotros mismos lo podremos obtener al menos por las oraciones de Martín que intercede por nosotros. ¿Pero por qué, hermano, te distraigo tanto tiempo con una carta tan larga, y demoro tu próxima venida? Además esta página está llena y no puedo agregar más. 19. Éste fue el motivo de conversar tan largamente: si la carta anunciaba una pena, quise que también la misma carta te llevara el consuelo de nuestra conversación.

\* \* \*

## XI. TERCERA CARTA: A BASULA

1. *Reproches a B sula*

1. Sulpicio Severo saluda a su venerable madre B sula.

S   uera lícito citar delante de la justicia a los padres, nosotros, llenos de un justo dolor, te llevaríamos al tribunal del pretor como acusada de flagrante delito de expoliación y de robo.  C mo no me he de quejar del mal que me causas? En casa no has respetado nada mío, ni un mal papel, ni el más pequeño libro, ni una carta: robas todo, y todo lo divulgas. 2. Si escribo algo confidencial a un amigo, si acaso jugando dicto unas líneas que prefiero que no se conozcan, todo llega a ti, casi antes de que sea escrito o dictado. No tiene nada de extraño ya que has sobornado a mis escribientes, gracias a los cuales t  publicas nuestras tonterías. Pero yo no puedo enojarme contra ellos si te obedecen, pues por tu generosidad est n ellos a mi servicio. 3. T  sola  res la acusada, t  sola la culpable que me eng as a mí, y a ellos los sorprendes fraudulentamente para que te entreguen, sin discriminación alguna, los escritos íntimos, los redactados sin cuidado, los que no han sido absolutamente estudiados, o los que est n sin pulir. Te pregunto, para no hablar de otros casos, cómo la carta que acabo de escribir al d cono Aurelio te pudo llegar tan rápidamente. Estaba yo en Tolosa y t  en Tréveris, tan lejos de la patria, para aflicción de tu hijo.  En qué momento has robado esta carta íntima? 4. Pues en la tuya que recibí me dices que en la carta en la que yo me refería a la muerte de san Martín, deb  escribir cómo murió este santo varón.  Como si yo hubiera escrito esa carta para que fuera leída por otras personas además del destinatario, o estuviera encargado especialmente de h cer público todo lo que debe conocerse de Martín! 5. Por eso, si quieres saber algo acerca de la muerte del santo obispo, infórmate más bien por aquellos que estuvieron presentes. Sin embargo, si te comprometes a no dar a leer esto a nadie, brevemente cumplir  tu deseo, y así compartir  contigo lo que sí con certeza.

2. *Ultimo viaje de Martín*

6. Martín conoció su muerte con mucha anticipación, y anunció a sus hermanos la inminente disolución de su cuerpo.

Por aquel entonces tuvo que visitar la parroquia de Candes, donde existía un clima de discordia entre los clérigos de la iglesia, y él deseaba restaurar la paz. Aunque sabía que se acercaba el fin de sus días no dudó en ponerse en camino por un motivo tan importante, pensando que sería un buen coronamiento de sus esfuerzos el llegar a pacificar esta iglesia. 7. Así pues salió como siempre, rodeado de la santa y numerosa compañía de sus discípulos.

Al acercarse al río vio a los pájaros pescadores que cazaban peces sin cesar, y llenaban insaciablemente sus buches con sus presas. “Esta es — dijo — imagen de los demonios. Acechan a los incautos, se apoderan de ellos sin que se den cuenta, y devoran sus presas sin poder saciarse con lo que devoran”. 8. Luego, por una palabra poderosa, mandó a los pájaros que abandonaran las aguas donde se sumergían, y se fueran a regiones áridas y desiertas, usando con ellos de aquella autoridad mediante la cual acostumbraba echar a los demonios. Las aves pues juntas en una sola bandada, abandonaron el río y se fueron a los montes y selvas, con gran admiración de buen número de los presentes cuando vieron que Martín tenía un poder tal que mandaba hasta a las aves.

9. Estuvo luego viviendo un tiempo en el pueblo, o más bien, en la iglesia que visitó. Ya había restablecido la paz entre los clérigos y se disponía a regresar al monasterio, cuando de pronto comenzó a perder las fuerzas corporales. Llamó entonces a los hermanos y les hizo saber que estaba a punto de morir. 10. Entonces la tristeza y el duelo se apoderaron de todos, y decían a una sola voz: ¿Por qué, padre, nos dejas? ¿A quién nos entregas en nuestro desconsuelo? Lobos rapaces invadirán tu grey. ¿Quién nos salvará de sus mordeduras si el pastor ha caído? Sabemos que ansías estar con Cristo, pero tu premio está seguro, y aunque se demore no se disminuye. Ten más bien misericordia de nosotros que quedamos abandonados”. 11. Entonces conmovido por esos llantos, desbordó la tierna compasión que tenía siempre en el Señor, y lloró. Y vuelto hacia el Señor, respondió con estas palabras a los que lloraban: “Señor, si todavía soy necesario a tu pueblo, no rehúyelo el trabajo. Hágase tu voluntad”. 12. Ciertamente, puesto entre la esperanza y la pesadumbre, no sabía qué elegir, porque no quería abandonarlos a estos, ni estar más tiempo separado de Cristo. Sin embargo, sin tener en cuenta su propio deseo y abandonando su propia voluntad, se entregó al arbitrio y al poder de Dios, 13. y oró diciendo así: “Es pesado, Señor, el combate de la milicia corporal, y ya es suficiente

lo que peleé hasta ahora. Pero si me mandas permanecer en tu ejército en el mismo trabajo, no lo rehúyo, ni voy a invocar el cansancio de los años. Cumpliré devotamente la misión que me confías, serviré bajo tus banderas hasta que tú lo ordenes, y aunque el descanso después del trabajo sea ansiado por el anciano, mi espíritu vence a los años y no sabe ceder a la vejez. Pero si consideras la edad, Señor, tu voluntad es un bien para mí. En cuanto a estos, por los que temo, tú mismo los guardarás”.

14. ¡Oh varón inefable, que no fue vencido por el trabajo, ni sería vencido por la muerte! No se inclinó en ningún sentido, pues no temió morir, ni rehusó vivir.

Aunque ya hacía unos días que la violencia de la fiebre lo aquejaba, no cesaba sin embargo de entregarse a la Obra de Dios. Pasaba las noches en oración y vigilia, y forzaba a sus cansados miembros a servir al espíritu, acostado en un noble lecho de cenizas y cilicio.

15. Los discípulos le rogaron que por lo menos pusiera bajo su cuerpo algunas miserables mantas, pero él les dijo: “Un cristiano no debe morir sino sobre ceniza. Si yo os diera otro ejemplo, pecaría”. Tenía los ojos y las manos siempre elevados al cielo, y su espíritu invencible no cesaba de orar. Y como los presbíteros que se habían reunido le pedían que aliviara su pobre cuerpo cambiando de posición, dijo: “Déjenme, déjenme, hermanos, mirar al cielo más que a la tierra, para que el espíritu, que va a emprender el camino, se dirija al Señor”.

16. Al decir esto vio al diablo que estaba junto a él, y le dijo: “¿Qué haces aquí, bestia cruel? Nada encontrarás en mí, desdichado, pues ya me recibe el seno de Abrahán”.

### 3. *Triunfo fúnebre de Martín*

17. Al decir esto, entregó su espíritu al cielo. Los que estaban allí presentes nos aseguraron que vieron su rostro como el de un ángel, y que sus miembros parecían blancos como la nieve, al punto de que decían: “¿Quién creería jamás que estaba ceñido con un cilicio y cubierto de ceniza?”. Tenía en efecto un aspecto como si se revelara ya la gloria de la futura resurrección en la naturaleza de una carne transfigurada.

18. Fue increíble la multitud de personas que vino a tributarle honores fúnebres. Toda la ciudad se precipitó para ver su cuerpo. Todos los pobladores de campos y villorrios y muchos de las ciudades



vecinas se encontraron allí. ¡Oh, qué duelo para todos! ¡Cuántas lamentaciones, especialmente de los apenados monjes! Cuentan que en ese día se reunieron unos dos mil, para gloria de Martín, cuyo ejemplo había hecho fructificar tantos renuevos al servicio del Señor.

19. Adelante del pastor iba su grey, una santa multitud de rostros macilentos, ejército con hábito, ancianos llenos de méritos adquiridos por su trabajo, o novicios que recién se habían entregado a Cristo por sus votos. Luego venía el coro de las vírgenes que, si no lloraba por pudor, ¡con qué santa alegría disimulaba su dolor! Si la fe les retenía el llanto, el afecto sin embargo les arrancaba el gemido. De hecho, tan santa era la alegría por su gloria, como piadosa la tristeza por su muerte. 20. Uno podía perdonar su llanto, como congratularse con su alegría, pues cada uno sufría por sí mismo, pero se alegraba por él. Así esta comitiva, cantando himnos celestiales, acompañaba el cuerpo del santo varón hasta el lugar de su sepulcro.

21. Compara esto, si te parece, con los cortejos mundanos, no digo los fúnebres sino los triunfales. ¿Qué tienen que ver con las exequias de Martín? Lleven ellos, delante de sus carros, a los cautivos con las manos atadas a la espalda; el cuerpo de Martín es escoltado por los que habían vencido al mundo bajo su guía. A aquellos, la locura de los pueblos los honra con ruidosos aplausos; Martín, en cambio, es celebrado con salmos y honrado con himnos celestiales. Aquellos después de sus triunfos serán precipitados en el cruel Tártaro; pero Martín, lleno de gozo, es recibido en el seno de Abrahán. Martín, pobre y humilde, entra en el cielo como rico. Desde allí, así lo espero, nos mira y nos custodia, a mí, que escribo esto, y a ti, que lo lees.